

HABLA KIM PHILBY

EL TERCER HOMBRE

Poco antes de su muerte, ocurrida esta semana en Moscú, Kim Philby, el maestro de espías, rompió un silencio de 25 años. El agente del KGB, que llegó a ocupar un puesto clave en los servicios de inteligencia británicos durante la Segunda Guerra Mundial, niega haber sido un traidor al Reino Unido o un doble agente. "La URSS es mi país y lo he servido durante 50 años." El hijo de la aristocracia británica se hizo comunista cuando llegó a la conclusión de que "los ricos lo pasaban demasiado bien y los pobres demasiado mal".

ETC.
Investigación y reportajes
Página/12



LA ULTIMA CONFESION

Por Phillip Knightley

Kim Philby, uno de los más importantes agentes dobles en la historia del espionaje, rompió por vez primera en 25 años el silencio sobre su deserción a la URSS. Philby, que falleció en Moscú esta semana a los 76 años, era tan apreciado como espía que se le estuvo preparando para ser el jefe del servicio secreto británico. Pero se empezó a sospechar de él tras la huida a la Unión Soviética, en 1951, de Guy Burgess y Donald Maclean, otros dos espías británicos con los que habia trabajado. Sin embargo, hasta su propia defección en 1963, Philby no se reveló ante el mundo como *el tercer hombre,* un *topo* reclutado por el KGB soviético (Comité de Seguridad del Estado) cuando era aún un joven licenciado de Cambridge.

Durante los últimos 25 años, Philby llevó la vida de un alto agente del KGB, evitando toda relación con nadie que no fuera su familia o amigos íntimos. Ningún periodista occidental consiguió en este cuarto de siglo entrevistarse extensamente con él. Hace dos meses, Phillip Knightley, corresponsal especial durante veinte años del dominicial británico *The Sunday Times,* rompió el hielo. Knightley, experto él mismo en espionaje, es un periodista de renombre y profesor de Periodismo en la Universidad de Manchester.

El encuentro con Philby en su casa de Moscú discurrió a lo largo de seis días. La entrevista que hoy publica **Página/12** ha sido perseguida durante veinte años. A lo largo de ese tiempo entrevistador y entrevistado se han carteado con frecuencia.

Philby huyó a la URSS desde Beirut en 1963. Entre sus revelaciones destaca la afirmación de que, aun despedido por el servicio secreto británico en 1951, a causa de las sospechas que recaían sobre él, volvió a trabajar para el MI6, nombre en la jerga de aquel servicio, durante otros siete años, a partir de 1956. En esta entrevista, que sería la última, Philby afirma que cuando Londres estuvo absolutamente seguro de su traición le facilitó deliberadamente la huida para salvar la cara y evitar un espectacular proceso y el consiguiente escándalo sobre la ineficacia de los servicios secretos de Su Majestad.

Kim Philby vivía con cierto lujo, y se dice que su piso era uno de los mejores de Moscú. Su teléfono no figuraba en guía y el correo llegaba a través de un apartado de la estafeta principal. En su biblioteca descansaban unos 12.000 volúmenes. Entre los libros sobre espionaje figuraba *Cazador de espías* ("me lo regaló Graham Greene").

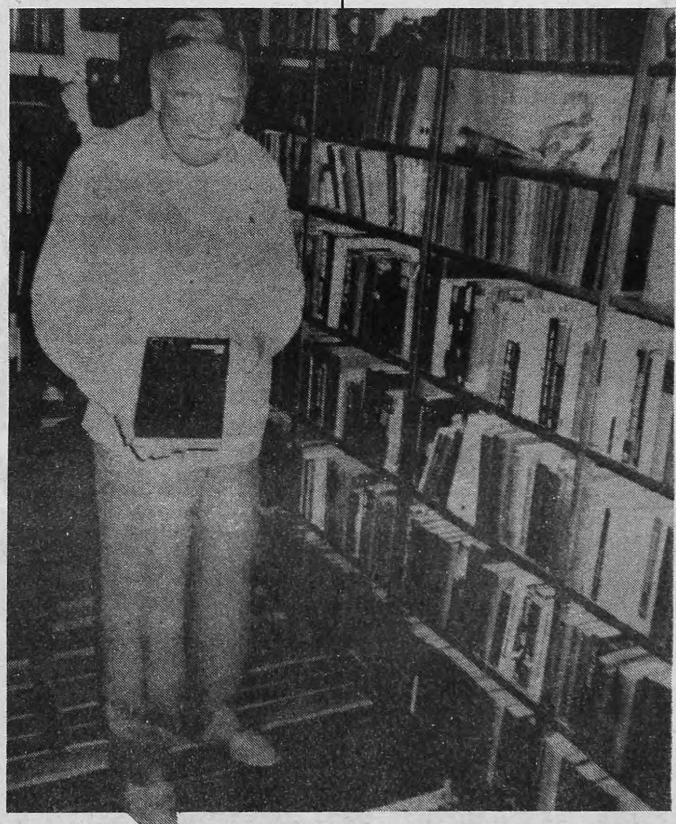
Mucho de lo que Philby dijo resulta imposible de verificar sin tener acceso a los archivos del servicio secreto británico, de la CIA, del FBI y del KGB, y debería leerse teniéndolo en cuenta. "Lo han tolerado", dijo el maestro de espías refiriéndose a la actitud del Comité de Seguridad del Estado sobre la entrevista. "Me dijeron que si quería hablar, por qué no lo hacía con Graham Greene (el novelista, que ha visitado a Philby en Moscú unas cuantas veces). Les dije que Greene era un antiguo compañero (en el servicio secreto) y un amigo."

Pero puesto que es imposible —incluso para un artista del engaño como Philby— conversar con alguien durante seis días sin revelar nada de uno mismo, estas conversaciones proporcionan un retrato completo e íntimo de un inglés del *establishment* que traicionó a su país y a su clase y que, hasta ahora, ha sido un enigma.

Cena para dos

Moscú, 19 de enero de 1988, 7.30 de la tarde. Kim Philby, vestido con unos pantalones grises viejos, una camisa de cuadros, un pulóver azul claro y zapatillas, saca dos copas de cristal, de champán. Nos encontramos en el salón de su espacioso piso; la mesa está puesta para la cena. Hay caviar negro y rojo, esturión ahumado, salmón ahumado, cerdo ahumado y sardinetas ahumadas, arenques y pepinos en vinagre, pan moreno y blanco, filete frío de vaca, patatas *sauté* y naranjas egipcias. Todos los platos descansan sobre salvamanteles con típicas escenas londinenses, incluyendo, irónicamente, una de la Torre de Londres, el lugar tradicional de ejecución de los traidores.

Para beber hay Johnnie Walker etiqueta roja, vino tinto y blanco de Georgia y champán ruso. Philby elige el champán para un brindis. "Tenemos un doble motivo para festejarlo", dice, llenando los vasos. "Uno: es usted el único periodista occidental que he invitado a mi casa. Y dos: dentro de unos días se cumplirán 25 años de mi llegada a la Unión Soviética."



En la biblioteca de Philby descansan 12.000 volúmenes. El género preferido, el espionaje.

Beirut, 23 de enero de 1963, 7.30 de la tarde, Kim Philby, corresponsal para Medio Oriente de *The Observer* y *The Economist,* debe recoger a su esposa norteamericana, Eleanor, para llevarla a una fiesta que da Glen Balfour Paul, primer secretario de la embajada británica. Pero su esposa recibe un mensaje telefónico diciendo que Philby tiene que pasar antes por Correos para enviar un cable, y que se reunirá con ella en la fiesta.

Eleanor, acostumbrada a las exigencias del periodismo y al tanto del papel de Philby como agente del Servicio Secreto de Inteligencia del Reino Unido (el SIS, también conocido como el MI6), pero no de su relación con el KGB, acude sola a la fiesta. Philby no llega nunca. Al día siguiente, Eleanor encuentra una carta de Philby diciendo que ha tenido que salir apresuradamente de viaje para realizar un reportaje. Le deja también 2000 libras en efectivo.

Asilado en la URSS

La desaparición de Philby pasa extrañamente inadvertida, y hasta el 29 de marzo de 1963 Edward Heath, en representación del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, no la hace pública. El SIS averigua en la primera semana de junio que Philby se encuentra en Moscú, aunque su paradero sigue siendo un misterio para el público británico hasta el 30 de julio, cuando *Izvestia* anuncia que se le ha concedido asilo político en la Unión Soviética.

—He conocido a gente que dice que pueden perdonarle su traición política, pero que no pueden perdonarle su traición personal. ¿Qué me dice de todos aquellos a los que dejó atrás, la familia y los amigos que creyeron en usted? ¿Qué sentía por ellos? ¿Es cierto que alguien le escribió desde Beirut diciendo: "Durante todo este tiempo debes haberte estado riendo de nosotros en secreto"?

—Sí, fue el norteamericano Miles Copeland. Pero no era cierto. No me reía de ellos. Siempre he funcionado a dos niveles: el personal y el político. Cuando han entrado en conflicto los dos niveles, he tenido que anteponer la política. Este conflicto puede ser muy doloroso. No me gusta engañar a la gente, sobre todo a los amigos, a pesar de lo que puedan pensar algunos. Me hace sentirme mal. Pero los soldados honrados se sienten mal ante la necesidad de matar en tiempo de guerra.

—Así pues, se marchó de Beirut a Rusia. ¿Cómo hizo el viaje? ¿Por mar o por tierra?

—Es una cuestión operativa del KGB de la que no puedo hablar.

(El hecho de que el gobierno británico tardara dos meses en hacer pública la desaparición de Philby y de que hasta la primera semana de junio no se supiera que Philby se encontraba en Moscú ha dejado abiertas muchas teorías sobre su ruta de escape. No obstante, su confirmación de que en enero de este año, casi con seguridad el 27 de enero, se cumplía el 25° aniversario de su llegada a la Unión Soviética significa que llegó allí días, no semanas ni meses, después de su salida de Beirut. La teoría más obvia es la que más probabilidades tiene de ser la correcta. El carguero soviético *Dolmatova* se encontraba en el puerto de Beirut la noche del 23 de enero, a menos de cinco días de navegación del puerto soviético más próximo en el mar Negro.)

—¿Salió usted en un carguero soviético?

—No se preocupe por cómo llegué a la Unión Soviética. No tiene importancia. Pero quiero que escriba exactamente lo que sucedió a mi llegada. Permítame describirle el escenario. Son las cinco de la mañana. Un pequeño puesto fronterizo, a mediados del invierno. Hay una mesa y unas sillas, una estufa de carbón. El té se está haciendo en la estufa y el aire está impregnado del humo de los cigarrillos. Me están esperando tres o cuatro milicianos y un hombre de los servicios de inteligencia que hablaba inglés, enviado especialmente desde Moscú para recibirme.

Tras las formalidades, me disculpé por haber tenido que venir. Les dije que me hubiera gustado quedarme en Occidente y haber seguido en servicio, pero que estaba sometido

El espía que se fue al frío



Por Richard Ellis

Harold Adrian Russell Philby, el agente doble que más daño ha causado en la historia británica, nació en el Punjab, India, el día de Año Nuevo de 1912. Apodado Kim por el héroe de la novela de Kipling, era hijo de un excéntrico aventurero británico de clase media, St. John Philby. Tras educarse en Westminster, en octubre de 1929 fue a Cambridge a estudiar Historia. Aquí comenzó a inclinarse hacia el comunismo y donde conoció a los demás miembros de lo que se llamaría *Círculo de espías de Cambridge:* Guy Burgess, Donald Maclean y Anthony Blunt.

Poco después de obtener su licenciatura en 1933, sus jefes rusos le encomendaron la misión de su vida: infiltrarse en el servicio secreto británico.

Haciendo renuncia pública de sus simpatías soviéticas, se hizo periodista. En 1940, mientras trabajaba para *The Times,* Philby fue reclutado para el Servicio Secreto de Inteligencia británico.

Utilizando su encanto y sus indudables dotes, ascendió con rapidez. En 1944 le nombraron jefe del servicio antisoviético, dándole la labor de espiar a sus propios jefes rusos.

En 1947 se convirtió en el agente secreto británico más importante en Turquía. En 1949 fue destinado a Washington como enlace británico con la CIA, pudiendo así también proporcionar secretos norteamericanos a Moscú.

Los daños causados por la entrega de los secretos de Gran Bretaña al Kremlin fueron incalculables; envió a Occidente a cientos de agentes hasta que murieron; avisó a Burgess y Maclean de que iban a ser descubiertos y les facilitó la huida en 1951.

En 1952 fue obligado a renunciar. No obstante, siguió en libertad, trabajando como periodista para *The Observer* hasta enero de 1963, cuando una nueva investigación por parte de los británicos le obligó a desertar a Moscú.

En su país de adopción ascendió a general del KGB; trabajó con el que sería futuro líder, Yuri Andropov, y se acostumbró a su vida de traidor que jamás podría volver a visitar su patria. El doble agente murió el miércoles pasado, a los 76 años.



LA ULTIMA CONFESION

Por Phillip Knightley

Kim Philby, uno de los más importantes agentes dobles en la historia del espionaje, rompió por vez primera en 25 años el silencio sobre su deserción a la URSS. **Philby, que falleció en Moscú esta semana a los 76 años, era tan apreciado como espía que se le estuvo preparando para ser el jefe del servicio secreto británico. Pero se empezó a sospechar de él tras la huida a la Unión Soviética, en 1951, de Guy Burgess y Donald Maclean,** otros dos espías británicos con los que había trabajado. Sin embargo, hasta su propia defección en 1963, Philby no se reveló ante el mundo como *el tercer hombre,* un *topo* reclutado por el KGB soviético (Comité de Seguridad del Estado) cuando era aún un joven licenciado de Cambridge.

Durante los últimos 25 años, Philby llevó la vida de un alto agente del KGB, evitando toda relación con nadie que no fuera su familia o amigos íntimos. Ningún periodista occidental consiguió en este cuarto de siglo entrevistarse extensamente con él. Hace dos meses, Phillip Knightley, corresponsal especial durante veinte años del dominicial británico *The Sunday Times,* rompió el hielo. Knightley, experto él mismo en espionaje, es un periodista de renombre y profesor de Periodismo en la Universidad de Manchester.

El encuentro con Philby en su casa de Moscú discurrió a lo largo de seis días. La entrevista que hoy publica **Página/12** ha sido perseguida durante veinte años. A lo largo de ese tiempo entrevistador y entrevistado se han carteado con frecuencia.

Philby huyó a la URSS desde Beirut en 1963. Entre sus revelaciones destaca la afirmación de que, aun despedido por el servicio secreto británico en 1951, a causa de las sospechas que recaían sobre él, volvió a trabajar para el MI6, nombre en la jerga de aquel servicio, durante otros siete años, a partir de 1956. En esta entrevista, que sería la última, Philby afirma que cuando Londres estuvo absolutamente seguro de su traición le facilitó deliberadamente la huida para salvar la cara y evitar un espectacular proceso y el consiguiente escándalo sobre la ineficacia de los servicios secretos de Su Majestad.

Kim Philby vivía con cierto lujo, y se dice que su piso era uno de los mejores de Moscú. Su teléfono no figuraba en guía y el correo llegaba a través de un apartado de la estafeta principal. En su biblioteca descansaban unos 12.000 volúmenes. Entre los libros sobre espionaje figuraba *Cazador de espías* ("me lo regaló Graham Greene").

Mucho de lo que Philby dijo resulta imposible de verificar sin tener acceso a los archivos del servicio secreto británico, de la CIA, del FBI y del KGB, y debería leerse teniéndolo en cuenta. "Lo han tolerado", dijo el maestro de espías refiriéndose a la actitud del Comité de Seguridad del Estado sobre la entrevista. "Me dijeron que si quería hablar, por qué no lo hacía con Graham Greene (el novelista, que ha visitado a Philby en Moscú unas cuantas veces). Les dije que Greene era un antiguo compañero (en el servicio secreto) y un amigo."

Pero puesto que es imposible —incluso para un artista del engaño como Philby— conversar con alguien durante seis días sin revelar nada de uno mismo, estas conversaciones proporcionan un retrato completo e íntimo de un inglés del *establishment* que traicionó a su país y a su clase y que, hasta ahora, ha sido un enigma.

Cena para dos

Moscú, 19 de enero de 1988, 7.30 de la tarde. Kim Philby, vestido con unos pantalones grises viejos, una camisa de cuadros, un pulóver azul claro y zapatillas, saca dos copas de cristal, de champán. Nos encontramos en el salón de su espacioso piso; la mesa está puesta para la cena. Hay caviar negro y rojo, esturión ahumado, salmón ahumado, cerdo ahumado y sardinetas ahumadas, arenques y pepinos en vinagre, pan moreno y blanco, filete frío de vaca, patatas *sauté* y naranjas egipcias. Todos los platos descansan sobre salvamanteles con típicas escenas londinenses, incluyendo, irónicamente, una de la Torre de Londres, el lugar tradicional de ejecución de los traidores.

Para beber hay Johnnie Walker etiqueta roja, vino tinto y blanco de Georgia y champán ruso. Philby elige el champán para un brindis. "Tenemos un doble motivo para festejarlo", dice, llenando los vasos. "Uno: es usted el único periodista occidental que he invitado a mi casa. Y dos: dentro de unos días se cumplirán 25 años de mi llegada a la Unión Soviética."

En la biblioteca de Philby descansan 12.000 volúmenes. El género preferido, el espionaje.

Beirut, 23 de enero de 1963, 7.30 de la tarde, Kim Philby, corresponsal para Medio Oriente de *The Observer* y *The Economist,* debe recoger a su esposa norteamericana, Eleanor, para llevarla a una fiesta que da Glen Balfour Paul, primer secretario de la embajada británica. Pero su esposa recibe un mensaje telefónico diciendo que Philby tiene que pasar antes por Correos para enviar un cable, y que se reunirá con ella en la fiesta.

Eleanor, acostumbrada a las exigencias del periodismo y al tanto del papel de Philby como agente del Servicio Secreto de Inteligencia del Reino Unido (el SIS, también conocido como el MI6), pero no de su relación con el KGB, acude sola a la fiesta. Philby no llega nunca. Al día siguiente, Eleanor encuentra una carta de Philby diciendo que ha tenido que salir apresuradamente de viaje para realizar un reportaje. Le deja también 2000 libras en efectivo.

Asilado en la URSS

La desaparición de Philby pasa extrañamente inadvertida, y hasta el 29 de marzo de 1963 Edward Heath, en representación del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, no la hace pública. El SIS averigua en la primera semana de junio que Philby se encuentra en Moscú, aunque su paradero sigue siendo un misterio para el público británico hasta el 30 de julio, cuando *Izvestia* anuncia que se le ha concedido asilo político en la Unión Soviética.

—He conocido a gente que dice que pueden perdonarle su traición política, pero que no pueden perdonarle su traición personal. ¿Qué me dice de todos aquellos a los que dejó atrás, la familia y los amigos que creyeron en usted? ¿Qué sentía por ellos? ¿Es cierto que alguien le escribió desde Beirut diciendo: "Durante todo este tiempo debes haberte estado riendo de nosotros en secreto"?

—Sí, fue el norteamericano Miles Copeland. Pero no era cierto. No me reía de ellos. Siempre he funcionado a dos niveles: el personal y el político. Cuando han entrado en conflicto los dos niveles, he tenido que anteponer la política. Este conflicto puede ser muy doloroso. No me gusta engañar a la gente, sobre todo a los amigos, a pesar de lo que puedan pensar algunos. Me hace sentirme mal. Pero los soldados honrados se sienten mal ante la necesidad de matar en tiempo de guerra.

—Así pues, se marchó de Beirut a Rusia. ¿Cómo hizo el viaje? ¿Por mar o por tierra?

—Es una cuestión operativa del KGB de la que no puedo hablar.

(El hecho de que el gobierno británico tardara dos meses en hacer pública la desaparición de Philby y de que hasta la primera semana de junio no se supiera que Philby se encontraba en Moscú ha dejado abiertas muchas teorías sobre su ruta de escape. No obstante, su confirmación de que en enero de este año, casi con seguridad el 27 de enero, se cumplía el 25° aniversario de su llegada a la Unión Soviética significa que llegó allí días, no semanas ni meses, después de su salida de Beirut. La teoría más obvia es la que más probabilidades tiene de ser la correcta. El carguero soviético *Dolmatova* se encontraba en el puerto de Beirut la noche del 23 de enero, a menos de cinco días de navegación del puerto soviético más próximo en el mar Negro.)

—¿Salió usted en un carguero soviética?

—No se preocupe por cómo llegué a la Unión Soviética. No tiene importancia. Pero quiero que escriba exactamente lo que sucedió a mi llegada. Permítame describirle el escenario. Son las cinco de la mañana. Un pequeño puesto fronterizo, a mediados del invierno. Hay una mesa y unas sillas, una estufa de carbón. El té se está haciendo en la estufa y el aire está impregnado del humo de los cigarrillos. Me están esperando tres o cuatro milicianos y un hombre de los servicios de inteligencia que hablaba inglés, enviado especialmente desde Moscú para recibirme.

Tras las formalidades, me disculpé por haber tenido que venir. Les dije que me hubiera gustado quedarme en Occidente y haber seguido en servicio, pero que estaba sometido a una presión enorme. Mi compañero de Moscú debió darse cuenta de que me estaba emocionando un poco. Me puso la mano en el brazo y me habló. Aún hoy recuerdo sus palabras exactas.

Dijo: "Kim, tu misión ha concluido. En nuestro servicio tenemos un dicho: cuando el contraespionaje se interesa por uno, es el principio del fin. Sabemos que el contraespionaje británico se interesó por ti en 1951. Estamos en 1963, 12 años, mi querido Kim, ¿de qué demonios tienes que disculparte?".



Harold Philby en su piso de Moscú, uno de los mejores de la capital. Abajo, de izquierda a derecha, los restantes miembros del "Círculo de espías de Cambridge". El cuarto hombre, Anthony Blunt, Guy Burgess y Donald Maclean.



Coronel del KGB

—Así que regresó a su hogar, Moscú, como coronel del KGB.

—Sí, y durante cierto tiempo fue algo maravilloso. Me había quitado de encima la presión de todos esos años y tenía un trabajo muy interesante, escribiendo todo lo que sabía, todo lo que había sentido. Vacié mis recuerdos y mis sentimientos sobre el papel. (Es una técnica de extracción de información acostumbrada, utilizada por los servicios de inteligencia de todo el mundo.) Supongo que me ocupó casi tres años la historia completa, íntegra, de mi vida como agente de inteligencia. Está todo en los archivos del KGB, en alguna parte.

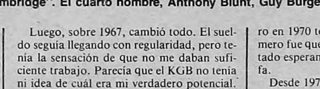
Luego, sobre 1967, cambió todo. El sueldo seguía llegando con regularidad, pero tenía la sensación de que no me daban suficiente trabajo. Parecía que el KGB no tenía ni idea de cuál era mi verdadero potencial. Me sentía frustrado y me dio una depresión, empecé otra vez a beber y, lo que es peor, empecé a dudar.

—Puede que el KGB no le diese trabajo porque pensaba que sus conocimientos debían estar ya desfasados.

—Es una tontería decir que los conocimientos de inteligencia pueden estar desfasados. Incluso actualmente me llegan cosas de las que puedo dar una opinión.

—¿Y las dudas?

—La duda es algo horrible. En realidad, uno de los aspectos más satisfactorios de mi relación con Graham Greene han sido las reuniones que hemos tenido estos últimos años. Por primera vez durante nuestra larga amistad hemos podido ser francos. Hemos podido hablar de esta cuestión que tanta importancia tiene para los dos: la duda. La importuna duda que habíamos sentido ambos. El como católico y yo como comunista.



Para intentar superarlo, empecé a viajar. Recorrí toda la Unión Soviética, pero no pareció mejorar la situación. No sé cuánto podía haber durado la duda y la depresión. Pero en 1970 todo empezó a cambiar. Lo primero fue que conocí a la mujer que había estado esperando toda mi vida. Conocí a Rufa.

Desde 1970, Kim Philby vivió con Rufa. Tiene 21 años menos que Kim y describe su figura como *rubenesca.* Rufa vigila la cantidad de alcohol y tabaco que consume su marido. La única causa de fricción en el matrimonio es la tendencia de Rufa a interrumpir las sabrosas historias de Philby quien, desde luego, no se muestra orgulloso de haberse casado en cuatro ocasiones.

El salón de la casa de Philby tiene una bonita mesa de comedor española que le regaló su amigo Tommy Harris, anticuario y marchand que trabajaba como interrogador en el MI5. Hay un tresillo y varias sillas, y un aparador que alberga un juego de fina porcelana inglesa. Las paredes están decoradas con varias láminas, algunas pieles de animales y un par de pistolas antiguas.

Por el piso, que en realidad son dos unidos, Philby paga 80 rublos al mes (unos 90 dólares al cambio oficial), con gastos de calefacción y electricidad. También tiene una casa en el campo, no lejos de Moscú, que utiliza en el verano.

—¿Tiene dudas o está arrepentido de su actividad?



—No tengo dudas porque sé cuál será el veredicto de la historia. No estoy arrepentido en el sentido de que ninguna línea de conducta es totalmente correcta o errónea. Si usted me pide que haga un balance de mi vida, le diría que los aciertos son mayores que los errores, aunque acepto que mucha gente pueda no estar de acuerdo conmigo.

—¿Cuándo lo reclutaron los rusos? ¿Quién lo reclutó? Hábleme del círculo de espías de Cambridge.

—No hubo un círculo de Cambridge, todo eso es un montón de tonterías que han inventado los periodistas y escritores de novela negra. Yo no fui reclutado en Cambridge, ni Blunt, ni Burgess. De Maclean no puedo decirlo, pero lo dudo.

A los 19 años yo trataba de formar mis opiniones sobre la vida. Contemplé lo que me rodeaba y llegué a una conclusión sencilla, que durante demasiado tiempo los ricos lo habían pasado demasiado bien y los pobres demasiado mal, y que ya era hora de que todo cambiara. En la Inglaterra de esa época los pobres eran realmente gente diferente. Yo puedo recordar a mi abuela diciéndome: "No juegues con esos niños, son sucios y te agarrarás algo", y ese tipo de cosas No era sólo cuestión de no tener bastante dinero, era cuestión de no tener suficiente para comer. Yo sigo estando orgulloso de haber contribuido a dar de comer a los hambrientos protagonistas de la marcha de Jarrow cuando llegaron a Cambridge. Uno de los grandes inconvenientes de vivir en Beirut era la gente hambrienta. Era terrible comer en un restaurante situado en la planta baja; allí estabas comiendo con apetito una maravillosa comida, y fuera la gente casi se moría de inanición, a veces con la cara pegada a las ventanas del restaurante."



Su paso por el laborismo

—En fin, una vez que llegué a la conclusión de que durante demasiado tiempo los ricos lo habían pasado demasiado bien el problema fue cómo poder contribuir a cambiar las cosas. Empecé a interesarme por el socialismo y el Partido Laborista, y en las elecciones generales de 1931 hice campaña por los laboristas.

(Los discursos de Philby empezaban así: "Amigos, el corazón de Inglaterra no late en los castillos y mansiones majestuosas, late en las fábricas y en las granjas". Los laboristas sufrieron una humillación aplastante, pero el primer ministro, Ramsay Mac Donald, dejó el partido para seguir como jefe de un gobierno nacional con el respaldo de conservadores y liberales. Muchos seguidores lo consideraron una traición al socialismo.)

—Esto me dejó muy desilusionado —continúa Philby—, pero pensé que se trataba de un fracaso de la izquierda específicamente británico y no de algo más generalizado, así que viajé a Europa para ver cómo funcionaba la izquierda en otros países. La debilidad era exactamente la misma. En Alemania, el desempleo era moneda corriente, y se trataba igual de mal a la clase trabajadora. Los socialdemócratas carecían de relieve; como los laboristas en Gran Bretaña, parecían plegarse en los momentos críticos. Pero siempre había esta sólida base de la izquierda, la Unión Soviética, y creí que debía mantenerse a cualquier costo.

El último día de mi estancia en Cambridge decidí hacerme comunista, pero no sabía cómo. Así que pregunté a un catedrático que admiraba, Maurice Dobb, un economista marxista, qué debía hacer. Dobb me dio una carta de presentación para un grupo comunista en París, un grupo completamente legal y abierto. A su vez ellos me mandaron a un movimiento comunista ilegal en Viena. Austria estaba en crisis, y esta organización necesitaba voluntarios. Fui a trabajar a Viena para ayudar a sacar clandestinamente del país a socialistas y comunistas perseguidos.

(El relato de Philby sobre esta época en Viena difiere de la versión conocida. Según ésta, Philby encontró alojamiento en casa de un judío polaco, Israel Kohlman; tuvo una relación amorosa con su hija, Litzi, y se casó con ella. Se dice que fue Litzi quien arrastró a Philby al sangriento choque ideológico entre la izquierda y el fascismo que sacudió a Austria hasta su anexión a la Alemania de Hitler.)

El espía que se fue al frío

Por Richard Ellis

Harold Adrian Russell Philby, el agente doble que más daño ha causado en la historia británica, nació en el Punjab, India, el día de Año Nuevo de 1912. Apodado Kim por el héroe de la novela de Kipling, era hijo de un excéntrico aventurero británico de clase media, St. John Philby. Tras educarse en Westminster, en octubre de 1929 fue a Cambridge a estudiar Historia. Aquí comenzó a inclinarse hacia el comunismo y donde conoció a los demás miembros de lo que se llamaría *Círculo de espías de Cambridge:* Guy Burgess, Donald Maclean y Anthony Blunt.

Poco después de obtener su licenciatura en 1933, sus jefes rusos le encomendaron la misión de su vida: infiltrarse en el servicio secreto británico.

Haciendo renuncia pública de sus simpatías soviéticas, se hizo periodista. En 1940, mientras trabajaba para *The Times,* Philby fue reclutado para el Servicio Secreto de Inteligencia británico.

Utilizando su encanto y sus indudables dotes, ascendió con rapidez. En 1944 le nombraron jefe del servicio antisoviético, dándole la labor de espiar a sus propios jefes rusos.

En 1947 se convirtió en el agente secreto británico más importante en Turquía. En 1949 fue destinado a Washington como enlace británico con la CIA, pudiendo así también proporcionar secretos norteamericanos a Moscú.

Los daños causados por la entrega de los secretos de Gran Bretaña al Kremlin fueron incalculables; envió a Occidente a cientos de agentes hasta que murieron; avisó a Burgess y Maclean de que iban a ser descubiertos y les facilitó la huida en 1951.

En 1952 fue obligado a renunciar. No obstante, siguió en libertad, trabajando como periodista para *The Observer* hasta enero de 1963, cuando una nueva investigación, por parte de los británicos, le obligó a desertar a Moscú.

En su país de adopción ascendió a general del KGB; trabajó con el que sería futuro líder, Yuri Andropov, y se acostumbró a su vida de traidor que jamás podría volver a visitar su patria. El doble agente murió el miércoles pasado, a los 76 años.

Domingo 15 de mayo de 1988







—No tengo dudas porque sé cuál será el veredicto de la historia. No estoy arrepentido en el sentido de que ninguna línea de conducta es totalmente correcta o errónea. Si usted me pide que haga un balance de mi vida, le diría que los aciertos son mayores que los errores, aunque acepto que mucha gente pueda no estar de acuerdo conmigo.

—¿Cuándo lo reclutaron los rusos? ¿Quién lo reclutó? Hábleme del círculo de espías de Cambridge.

—No hubo un círculo de Cambridge, todo eso es un montón de tonterías que han inventado los periodistas y escritores de novela negra. Yo no fui reclutado en Cambridge, ni Blunt, ni Burgess. De Maclean no puedo decirlo, pero lo dudo.

A los 19 años yo trataba de formar mis opiniones sobre la vida. Contemplé lo que me rodeaba y llegué a una conclusión sencilla, que durante demasiado tiempo los ricos lo habían pasado demasiado bien y los pobres demasiado mal, y que ya era hora de que todo cambiara. En la Inglaterra de esa época los pobres eran realmente gente diferente. Yo puedo recordar a mi abuela diciéndome: "No juegues con esos niños, son sucios y te agarrarás algo", y ese tipo de cosas No era sólo cuestión de no tener bastante dinero, era cuestión de no tener suficiente para comer. Yo sigo estando orgulloso de haber contribuido a dar de comer a los hambrientos protagonistas de la marcha de Jarrow cuando llegaron a Cambridge. Uno de los grandes inconvenientes de vivir en Beirut era la gente hambrienta. Era terrible comer en un restaurante situado en la planta baja; allí estabas comiendo con apetito una maravillosa comida, y fuera la gente casi se moría de inanición, a veces con la cara pegada a las ventanas del restaurante."

Su paso por el laborismo

—En fin, una vez que llegué a la conclusión de que durante demasiado tiempo los ricos lo habían pasado demasiado bien el problema fue cómo poder contribuir a cambiar las cosas. Empecé a interesarme por el socialismo y el Partido Laborista, y en las elecciones generales de 1931 hice campaña por los laboristas.

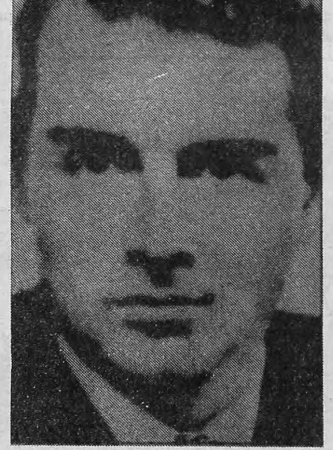
(Los discursos de Philby empezaban así: "Amigos, el corazón de Inglaterra no late en los castillos y mansiones majestuosas, late en las fábricas y en las granjas". Los laboristas sufrieron una humillación aplastante, pero el primer ministro, Ramsay Mac Donald, dejó el partido para seguir como jefe de un gobierno nacional con el respaldo de conservadores y liberales. Muchos seguidores lo consideraron una traición al socialismo.)

—Esto me dejó muy desilusionado —continúa Philby—, pero pensé que se trataba de un fracaso de la izquierda específicamente británico y no de algo más generalizado, así que viajé a Europa para ver cómo funcionaba la izquierda en otros países. La debilidad era exactamente la misma. En Alemania, el desempleo era moneda corriente, y se trataba igual de mal a la clase trabajadora. Los socialdemócratas carecían de relieve; como los laboristas en Gran Bretaña, parecían plegarse en los momentos críticos. Pero siempre había esta sólida base de la izquierda, la Unión Soviética, y creí que debía mantenerse a cualquier costo.

El último día de mi estancia en Cambridge decidí hacerme comunista, pero no sabía cómo. Así que pregunté a un catedrático que admiraba, Maurice Dobb, un economista marxista, qué debía hacer. Dobb me dio una carta de presentación para un grupo comunista en París, un grupo completamente legal y abierto. A su vez ellos me mandaron a un movimiento comunista ilegal en Viena. Austria estaba en crisis, y esta organización necesitaba voluntarios. Fui a trabajar a Viena para ayudar a sacar clandestinamente del país a socialistas y comunistas perseguidos.

(El relato de Philby sobre esta época en Viena difiere de la versión conocida. Según ésta, Philby encontró alojamiento en casa de un judío polaco, Israel Kohlman; tuvo una relación amorosa con su hija, Litzi, y se casó con ella. Se dice que fue Litzi quien arrastró a Philby al sangriento choque ideológico entre la izquierda y el fascismo que sacudió a Austria hasta su anexión a la Alemania de Hitler.)







arold Philby en su piso de Moscú, uno de los mejores de la capital. Abajo, de izquierda a derecha, los restantes iembros del "Círculo de espías de Cambridge". El cuarto hombre, Anthony Blunt, Guy Burgess y Donald Maclean.

una presión enorme. Mi compañero de Moscú debió darse cuenta de que me estaba mocionando un poco. Me puso la mano en l brazo y me habló. Aún hoy recuerdo sus alabras exactas.

Dijo: "Kim, tu misión ha concluido. En uestro servicio tenemos un dicho: cuando el ontraespionaje se interesa por uno, es el rincipio del fin. Sabemos que el contraesionaje británico se interesó por ti en 1951. Estamos en 1963, 12 años, mi querido Kim, de qué demonios tienes que disculparte?".

oronel del KGB

—Así que regresó a su hogar, Moscú, cono coronel del KGB.

—Sí, y durante cierto tiempo fue algo maravilloso. Me había quitado de encima la presión de todos esos años y tenía un trabajo muy interesante, escribiendo todo lo que sabía, todo lo que había sentido. Vacié mis recuerdos y mis sentimientos sobre el papel. Es una técnica de extracción de información costumbrada, utilizada por los servicios de nteligencia de todo el mundo.) Supongo que ne ocupó casi tres años la historia completa, ntegra, de mi vida como agente de inteligencia. Está todo en los archivos del KGB, en alguna parte.

Luego, sobre 1967, cambió todo. El sueldo seguía llegando con regularidad, pero tenía la sensación de que no me daban suficiente trabajo. Parecía que el KGB no tenía ni idea de cuál era mi verdadero potencial. Me sentía frustrado y me dio una depresión, empecé otra vez a beber y, lo que es peor, empecé a dudar.

—Puede que el KGB no le diese trabajo porque pensaba que sus conocimientos debían estar ya desfasados.

—Es una tontería decir que los conocimientos de inteligencia pueden estar desfasados. Incluso actualmente me llegan cosas de las que puedo dar una opinión.

—¿Y las dudas?

—La duda es algo horrible. En realidad, uno de los aspectos más satisfactorios de mi relación con Graham Greene han sido las reuniones que hemos tenido estos últimos años. Por primera vez durante nuestra larga amistad hemos podido ser francos. Hemos podido hablar de esta cuestión que tanta importancia tiene para los dos: la duda. La importuna duda que habíamos sentido ambos. El como católico y yo como comunista.

Para intentar superarlo, empecé a viajar. Recorrí toda la Unión Soviética, pero no pareció mejorar la situación. No sé cuánto podía haber durado la duda y la depresión. Pero en 1970 todo empezó a cambiar. Lo primero fue que conocí a la mujer que había estado esperando toda mi vida. Conocí a Rufa.

Desde 1970, Kim Philby vivió con Rufa. Tiene 21 años menos que Kim y describe su figura como *rubenesca*. Rufa vigila la cantidad de alcohol y tabaco que consume su marido. La única causa de fricción en el matrimonio es la tendencia de Rufa a interrumpir las sabrosas historias de Philby quien, desde luego, no se muestra orgulloso de haberse casado en cuatro ocasiones.

El salón de la casa de Philby tiene una bonita mesa de comedor española que le regaló su amigo Tommy Harris, anticuario y marchand que trabajaba como interrogador en el MI5. Hay un tresillo y varias sillas, y un aparador que alberga un juego de fina porcelana inglesa. Las paredes están decoradas con varias láminas, algunas pieles de animales y un par de pistolas antiguas.

Por el piso, que en realidad son dos unidos, Philby paga 80 rublos al mes (unos 90 dólares al cambio oficial), con gastos de calefacción y electricidad. También tiene una casa en el campo, no lejos de Moscú, que utiliza en el verano.

—¿Tiene dudas o está arrepentido de su actividad?

—Mi labor en Austria, —añade Philby— debió de llamar la atención porque casi inmediatamente después de regresar a Gran Bretaña me llamó un hombre que me preguntó si me gustaría unirme al servicio de inteligencia ruso.

—*¿Quién era?*

—Por razones de servicio no lo citaré, pero, aunque trabajaba para los rusos, no era ruso. Me dijo que admiraba mi decisión, el problema era cómo utilizarme de la mejor manera. Yo no debía ir a morir a cualquier campo de batalla extranjero, ni hacerme corresponsal de guerra para el *Daily Worker*. Debía librar batallas más importantes, pero tenía que tener paciencia. Durante los dos años siguientes no me pidió que hiciera casi nada; estaba probando mi grado de compromiso. Me consta que Burgess no fue reclutado en Cambridge, pues lo captaron *después* de mí. También sé que a Blunt lo reclutaron *después* de mí. No oí hablar de Maclean hasta que empezó la guerra, pero dudo que lo captaran en Cambridge. De modo que todo el montaje de un círculo de Cambridge no se sostiene y ha originado toda clase de absurdos. Durante años la gente ha estado buscando el vínculo. Si había un círculo de espías en Cambridge, ¿por qué no en Oxford? A nadie se le ocurrió que alguien que había sido reclutado podía tantear a un amigo y después recomendarlo, como yo recomendé a Burgess.

El recomendador

(Si la historia de Philby es correcta, queda respondida la cuestión tantas veces planteada: si un agente soviético actuó en Cambridge, ¿por qué nadie salió diciendo: "Los rusos han intentado reclutarme, pero los he rechazado"? La explicación podría ser que nadie podía decir que había sido contactado por el servicio de inteligencia ruso; solamente que había sido sondeado de pasada por un amigo. En la declaración de Philby subyace que él fue la persona que recomendó a los otros, pero no contó más.)

—*¿Cuándo supo que Blunt, Burgess y Maclean también estaban trabajando para los rusos?*

—Burgess me escribió, creo que fue en 1934, contándome su decisión, y yo le contesté felicitándolo. Con Maclean me encontré solamente una vez a mediados de los años treinta, y la siguiente vez que lo vi fue en 1940, cuando volví de Francia (donde Philby fue corresponsal de guerra para *The Times*). Tras la caída de París perdí mi contacto ruso y necesitaba volver a contactar en Gran Bretaña. Entonces supe de la labor de Maclean, así que fui a buscarlo y le pedí que me ayudara. Me encontré dos veces con él. La primera vez fue prudente, con razón; me escuchó y concertó otra cita. La segunda vez pudo ayudarme.

Yo no supe que Blunt estaba trabajando para los rusos hasta 1941, cuando un día se me acercó y me dio un susto terrible. Se lanzó directamente sobre el asunto y me dijo: "Ya sé lo que estás haciendo. Bueno, yo estoy haciendo lo mismo". Por una u otra razón había perdido su contacto y necesitaba ayuda para restablecerlo. Yo comprobé lo que me había dicho y pude ayudarle.

—*Tengo la sensación de que usted era muy amigo de Blunt. ¿Nunca tuvo noticias suyas después de su llegada a Moscú?*

—Me quedé espantado del modo en que la señora Thatcher descubrió a Blunt ante el Parlamento, y no tengo ni idea de por qué lo hizo. El MI5 tuvo que quedarse horrorizado. Fue totalmente contraproducente. De golpe y porrazo destruyó toda la razón de ser y el propósito de la inmunidad judicial. Blunt había pactado su inmunidad, que, por supuesto, incluía el secreto, y el gobierno británico rompió ese pacto. ¿Qué espía creerá ahora a nadie en Gran Bretaña que le ofrezca inmunidad a cambio de su colaboración?

—*Sigue habiendo gente convencida de que un día usted volverá a casa y revelará que ha sido un doble o triple agente desde el principio y que, en realidad, trabajaba para Gran Bretaña.*

—Yo nunca fui un doble agente. Mi lealtad siempre estuvo de un lado, con el KGB (servicio secreto soviético). Mi función era infiltrarme en el servicio de inteligencia contrario, el SIS (Servicio Secreto de Inteligencia del Reino Unido). Si hubiera tenido que infiltrarme en el Ministerio del Interior o en el Ministerio del Exterior nadie me hubiera tildado de doble agente. En lo que se refiere a volver a casa, la Inglaterra de hoy me resultaría un país ajeno. Aunque vivir aquí tiene sus dificultades, siento que pertenezco a este país y no deseo vivir en ningún otro sitio. Es mi país y le he servido durante más de 50 años. Quiero que me entierren aquí, deseo que mis huesos descansen donde he hecho mi labor.

MENSAJES EN CLAVE

Por P.K.

Philby jamás fue un espía del tipo de James Bond. Aunque pasó una temporada, al comienzo de la guerra, enseñándoles técnicas de sabotaje y subversión a los reclutas del Servicio Secreto, su verdadero talento residía en su análisis intelectual de la información. "El espía ideal", dice, "es alguien que está tranquilo en su casa, pensando".

Por ello, su misión para el Reino Unido durante la guerra consistía en saber qué tramaban los alemanes, basándose, entre otras fuentes, en el material Ultra, que se obtenía descifrando los códigos secretos alemanes, y en pensar en formas de desbaratar sus planes, especialmente en España y Portugal, países neutrales.

—¿Cómo funcionaba esto en la práctica?

—Un día recibí un mensaje descifrado Ultra que revelaba que Canaris (el almirante Canaris, jefe de los servicios de espionaje alemanes) iba a ir a España, iba a viajar en coche desde Madrid hasta Sevilla. Como hay mucha distancia, suponía pasar la noche en una ciudad llamada Manzanares. Conocía bien esa ciudad de mis días de la Guerra Civil Española, y sabía que el único sitio en el que podía alojarse Canaris era el parador.

De manera que le envié a Cowgill (Félix Cowgill, el jefe inmediatamente superior de Philby) un memorándum en el que sugería informar al SOE (Ejecutivo de Operaciones Especiales) por si querían montar una operación contra Canaris. Por lo que recordaba del parador, no hubiera sido muy difícil haber arrojado un par de granadas a su habitación.

Cowgill dio su aprobación y envió mi memorándum a *C* (el jefe del Servicio Secreto, en aquella época sir Stewart Menzies). Cowgill me enseñó la respuesta un par de días después. Menzies había escrito: "No quiero que se lleve a cabo ninguna operación contra el almirante".

Algún tiempo después tuve la oportunidad de ver a *C* y me acordé del memorándum y saqué el tema. "Jefe", le dije, "me sorprendió la decisión que tomó sobre el asunto. ¿No cree que valía la pena intentarlo?". Menzies sonrió y me dijo: "Siempre he creído que se podría llegar a algún acuerdo con el almirante". Sólo más tarde averigüé que se mantenía en comunicación con Canaris a través de contactos de seguridad en Suecia.

Hay más en esta historia de lo que revela Philby. Canaris pensaba que Hitler era un desastre para Alemania, y cuando la guerra comenzó a inclinarse en favor de los aliados fue uno de esos alemanes que empezaron a lanzar sondas en busca de condiciones de paz que no supusieran la rendición incondicional.

El gobierno británico debía esperar algo así, porque Stuart Hampshire, un analista temporal del SIS especializado en Alemania, y el departamento del historiador Hugh Trevor-Roper en el SIS, habían elaborado un documento en el que se explicaban los antecedentes que harían que tales acercamientos fueran perfectamente lógicos, y sugería que debían tomarse en serio y no desecharlos como si se tratara de una estratagema.

Pero, puesto que los acercamientos se darían en países neutrales, incluyendo España y Portugal, y puesto que éste era territorio de Philby, el documento necesitaba su *imprimatur* antes de poderse difundir y quizá mostrarse a los norteamericanos. Philby, en su papel de espía soviético, vio inmediatamente el peligro. Los antinazis alemanes no querían detener la guerra contra la URSS. Querían eliminar a Hitler, firmar la paz con Occidente y completar la invasión de la Unión Soviética, donde se encontraban al borde del éxito.

El deber de Philby, como agente infiltrado soviético en estas circunstancias, era tremendamente claro: tenía que oponerse a cualquier trato con los alemanes que no fuera su destrucción. Estaba en una posición tan poderosa en el SIS que no sólo pudo informar a sus jefes de Moscú de estos acontecimientos alarmantes, sino que pudo influir incluso en la política británica. Bloqueó resueltamente la difusión del documento diciendo que era puramente especulativo. Tras la guerra justificó su comportamiento diciendo: "Habría sido peligroso que los rusos pensaran que estábamos flirteando con los alemanes; el ambiente estaba cargado de sospechas mutuas sobre intentos para conseguir una paz separada".

—¿Fue ése su principal servicio a los soviéticos durante la guerra? ¿Mantenerles informados de los intentos de conseguir una paz separada?

—No hay duda de que se trataba de la cuestión por la que Moscú preguntaba con más frecuencia. Les preocupaba que la guerra pudiera cambiar y convertirse en una guerra contra la URSS. Pero uno de los motivos por los que me comporté como lo hice fue porque la derrota de Alemania era para mí una cuestión personal. Mis sentimientos sobre la guerra eran muy fuertes. Incluso después de concluida me resultó muy difícil olvidar lo que habían hecho los alemanes. Estuve mucho tiempo sin poder ir ni siquiera a Alemania del Este. Ya lo he superado. He aceptado que no se puede culpar a todos los alemanes de lo que sucedió.



REQUIEM PARA UN AGENTE SECRETO

Este viernes Philby guardó definitivamente sus secretos en el cementerio militar de Kunseve. Cuatro mujeres conocieron fragmentos de su historia. Con Alice Friedman, Litzi, había descubierto el sexo en un paseo en la nieve. Una rubia, Aileen Furse, le dio cinco hijos y acosada por la depresión murió a los 47 años. En Beirut conoció a Eleonor y a los seis meses se casaron en Londres. Rufa, 21 años menor que él, protagonizó el final del relato.